

**EL CORREO
ESPANOL**
EL PUEBLO VASCO

DIARIO DE LA MAÑANA fundado en 1910
Edita: Diario EL CORREO, S. A.
Imprime: Bilbao Editorial Producciones, S. A.

Director: Jose Antonio Zarzalejos Nieto

Director adjunto: Angel Arnedo.
Subdirectores: Juan López Redondo, Francisco Beltrán y Javier Cortés.

Redactores Jefes: Mikel Iturralde (Vizcaya), Juan Carlos Martínez (Alava), José Miguel Santamaría (Regional), Manuel Arroyo (Nacional), José Luis Peñalva (Internacional), César Coca (Economía-Trabajo), Pedro Ontoso (Sociedad-Cultura y Televisión), Juan María Gastaca (Deportes), Pedro Briogoso (Reportajes), Ignacio Irizar (Suplementos especiales), Juan Carlos Viloria (Corresponsal político).

Contra el miedo

La sociedad vasca, como señala el comunicado aprobado ayer por el Parlamento vasco, ha acusado el golpe que ha supuesto el asesinato del dirigente del PP Gregorio Ordóñez. No podía ser de otra manera ante un atentado planificado deliberadamente por ETA para multiplicar la carga intimidatoria de sus crímenes. Las instituciones, los partidos democráticos y la inmensa mayoría de los ciudadanos se han visto hondamente sacudidos por la muerte violenta de alguien que a su circunstancia inviolable de persona añadía su condición de portavoz y representante político de otros muchos vascos. Sin embargo, con su respuesta emocionada pero firme han reiterado su voluntad de no ceder al chantaje de quienes pretenden obtener mediante el terror la representatividad que se les niega en las urnas.

Como en ocasiones anteriores, Herri Batazuna ha cumplido con eficiencia el desairado papel de construir el escenario para el crimen de ETA. Difícilmente puede imaginarse mayor desfachatez que la de los seis parlamentarios vas-

cos de HB que evitaron condenar el asesinato en la Cámara y trataron de *contextualizar* la muerte de su colega en «la situación de confrontación». Quiénes dan cobertura a la barbarie, a la negación del contraste de ideas, a la eliminación física del adversario ideológico, se apresuran, en cambio, a pedir que «haya un razonamiento político y social sereno»: precisamente lo que no practican y lo que los pistoleros de ETA impiden con el *razonamiento* del tiro en la sien. En esta ocasión, sin embargo, la más elocuente refutación de su discurso circular ha venido de las propias filas de HB. Para la portavoz de la coalición en el Ayuntamiento de San Sebastián, Begoña Garmendia, la discrepancia política no ha sido obstáculo para rechazar sin ambages el asesinato. El que lo haya hecho a título personal, por imperativo de su «conciencia humana» y de su «dignidad política», y a partir de un análisis propio del mundo radical, no resta en nada valor a su desmarque. Por el contrario, su definición del asesinato como un «adversario político que debía ser combatido con armas políticas y en el marco de una confrontación política» pone en evidencia la hipócrita pretensión de HB de diluir el crimen en el contexto.

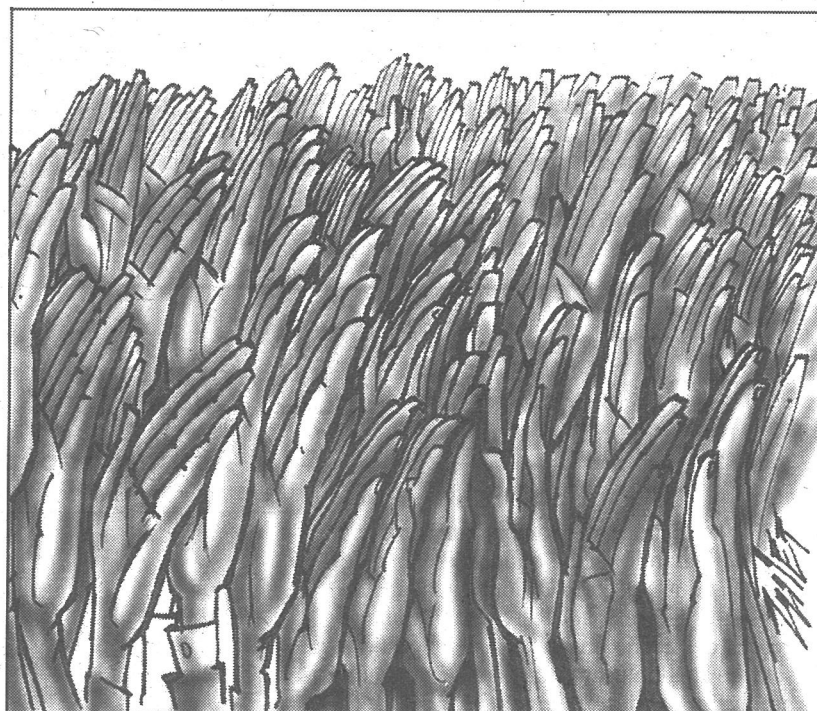
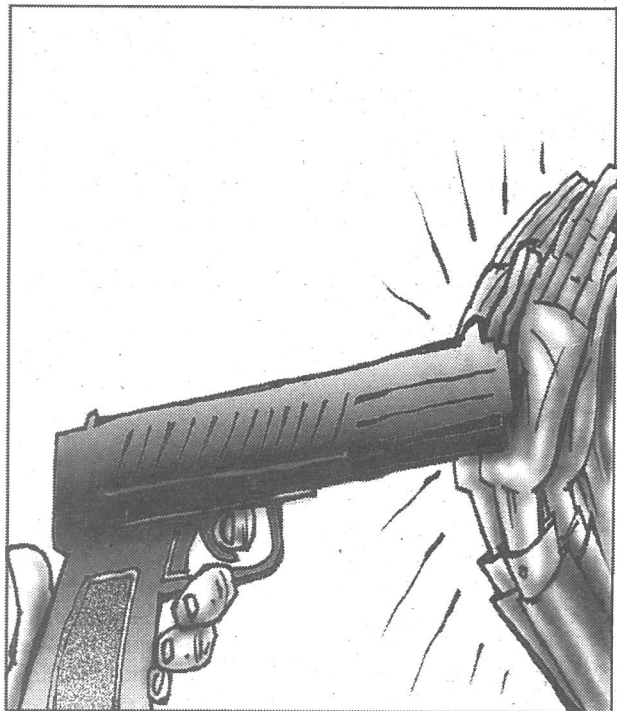
El asesinato de Gregorio Ordóñez obliga a los partidos democráticos, que se reunirán la próxima semana en la Mesa de Ajuria Enea, a recuperar el consenso sobre la violencia. La estrategia frente a ETA es susceptible de variación y adaptación a las circunstancias, pero su aplicación no puede supeditarse al hecho de que ETA cometa atentados o se tome un descanso en su siniestra ocupación. Esa coherencia de la lucha antiterrorista resulta imprescindible, y no sólo para que los violentos no se lleven a engaño. También lo es para no desconcertar a la multitud de ciudadanos que en la tarde de ayer, en persona y en espíritu, dijeron a ETA en San Sebastián que no se dejen amordazar por el miedo.

Un alto precio

La masacre perpetrada el domingo en Israel por terroristas islámicos no se aparta de la estrategia de terror indiscriminado que aspira a hacer desca- rillar el proceso de paz. Los más de trescientos muertos en acciones violentas que se han registrado desde el Acuerdo de Washington, en septiembre de 1993, son ya un precio muy alto. Es significativo que la reunión del Gabinete israelí —que su primer ministro, Isaac Rabín, tuvo que abandonar al conocerse el atentado— estuviera tratando, entre otros asuntos, el grave contencioso sobre los asentamientos de colonos judíos, convertidos en el principal obstáculo para el entendimiento entre Tel Aviv y la OLP. No es casualidad, pues, que este atentado se produzca después de que ambas partes hubieran logrado un esperanzador clima de acercamiento.

Yasser Arafat e Isaac Rabín han conseguido mayor fluidez en su diálogo y una conciencia clara sobre cuáles son las principales preocupaciones para cada uno. Por este camino, Rabín había empezado a dar signos de una disposición a afrontar el problema de los asentamientos. Hay que esperar que el atentado no cierre esa vía, sino, por el contrario, que la amenaza que se cierne sobre el proceso de paz actúe como catalizador de éste y lleve a los que están comprometidos en él a ofrecer un frente común solidario frente al terror. El tiempo empieza a apremiar y la violencia que se va acumulando en las calles de Israel no va a pasar sin dejar huella en una opinión pública que quiere percibir claramente el vínculo entre paz y seguridad. Una vuelta atrás en el camino ya andado no es realista. Lo que hace falta ahora es seguir demostrando que hay un camino por el que avanzar hacia ese objetivo.

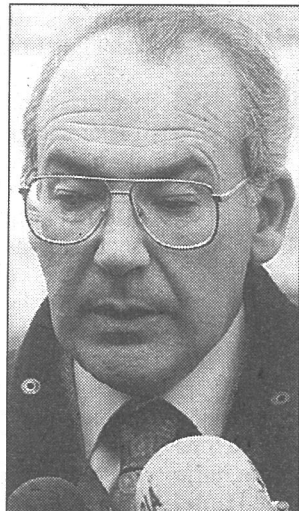
● ZULET



APUNTES

Diez años de Ardanza

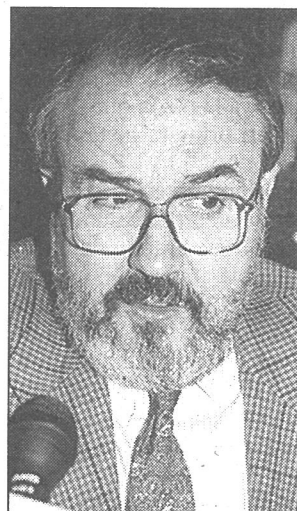
La vorágine en la que vive nuestro país ha hecho que pase inadvertida una efeméride significativa. Ayer se cumplieron diez años de la investidura de José Antonio Ardanza como lehendakari. Fue un 24 de enero de 1985, en medio de una fuerte crisis interna de su partido, que anunciaba ya la escisión que vino después. Aquel político, entonces prácticamente inédito y con fama de gestor, continúa siendo hoy el inquilino indiscutible de Ajuria Enea y acaba de tomar las riendas de su quinto Gobierno consecutivo. En esta década de José Antonio Ardanza como lehendakari han cambiado muchas cosas en este país,



aunque algunas parecen permanecer invariables. Resulta todo un síntoma que Ardanza tuviera que celebrar ayer su décimo aniversario en el funeral de otra víctima de ETA.

La peseta, en peligro

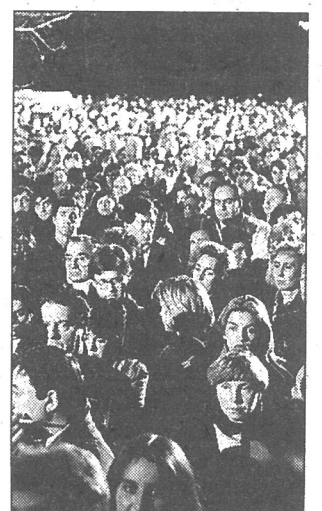
El Banco de España ha lanzado el salvavidas para evitar que la peseta se ahogue en mitad de las turbulencias monetarias. Está obligado a hacerlo, porque así lo fijan las normas del Sistema Monetario Europeo (SME) y por razones políticas y económicas de consumo interno. Pero el problema es durante cuánto tiempo podrá hacerlo y cuántas divisas tendrá que emplear en una defensa que puede ser estéril. En esta lucha por la estabilidad, que ahora parece tan difícil, el Tesoro ha llegado incluso a comprar deuda para que no suban los tipos. Pero la resistencia tiene un límite, y el Gobierno lo sabe.



Por eso es seguro que Pedro Solbes estudia ya qué medida es menos mala: una devaluación o una salida del SME. Aunque quizás este Ejecutivo no soporte ni una ni otra.

Reacción popular

Pocas veces ha sido tan patente la conciencia de que es necesario perder el miedo a ETA como en las horas que han seguido al cobarde asesinato de Gregorio Ordóñez. Si lo que la banda pretendía con este atentado era, precisamente, silenciar las voces que denunciaban el terror, se ha equivocado. Miles de personas tomaron ayer la calle en San Sebastián, en una auténtica explosión cívica, para dar el último adiós a Ordóñez y para, siguiendo su ejemplo, criticar la estrategia de la amenaza y el miedo. En cierto modo, su muerte parece haber marcado un punto de inflexión. La reacción popular y social habida



en el País Vasco y fuera de él, por su espontaneidad, madurez y talante democrático, es la mejor respuesta que podía recibir ETA. Perdido el miedo, la calle ya no es suya.

● FRASES

Con los votos de IU, Aznar no será ni un día inquilino de La Moncloa
Luis Carlos Rejón. Dirigente de IU

Sólo deseo lo peor para los asesinos de mi marido
Ana Iribar. Viuda de Gregorio Ordóñez

Soy un niño de 47 años que quiere seguir enseñándole la lengua al sistema
Pedro Ruiz. Humorista

La intolerancia religiosa continúa siendo un tema muy actual
Patrice Chéreau. Director de cine

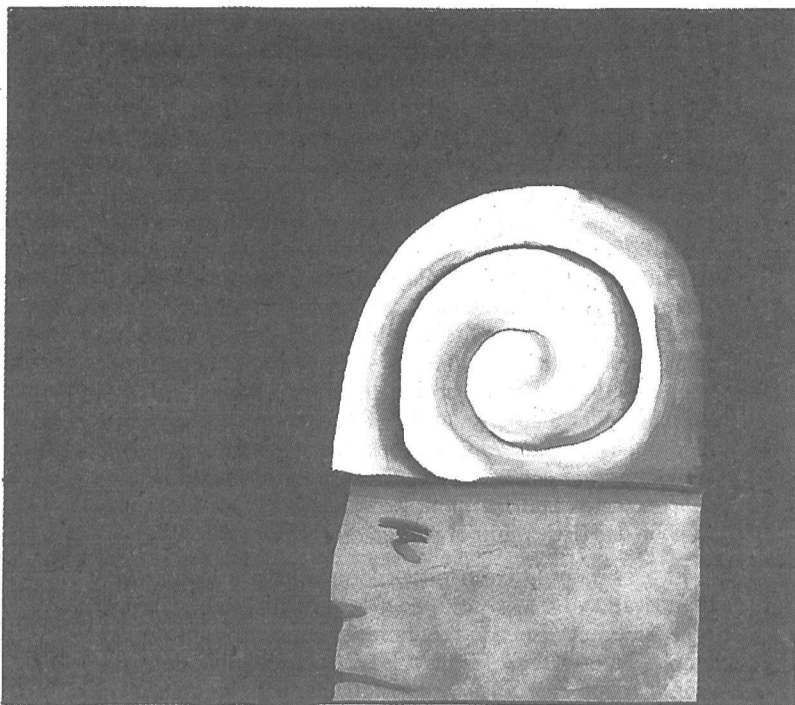
Los funcionarios del Ayuntamiento de Bilbao son los que más cobran de todo el Estado
Josu Ortuondo. Alcalde de Bilbao

Razones para marcharse

JOSE MARIA ROMERA

Cuando se contrae la condición de servidor público, uno debería saber a qué se arriesga. Una parte de las condiciones viene en el contrato, y se supone que quedan aceptadas por el aspirante desde el momento en el que ingresa en su puesto. En la sociedad democrática, se dan por admitidos, por ejemplo, el imperio de las mayorías, la fuerza de la ley o la provisionalidad de todo cargo, sometido, unas veces, a la confianza del partido o la de la persona designante y, otras, a la decisión popular mostrada en las urnas. Sobre este particular, no suele haber controversias, aunque siempre pueda darse la excepción de algún terco que, una vez elegido o designado, se cree en el derecho a la posesión perpetua de su despacho.

Donde existe mayor confusión es en el vasto terreno de los imponderables, esto es, de aquellos factores que, sin ser considerados legalmente motivos de remoción, operan de manera tan profunda en el devenir político que, llegado el caso, pueden convertirse en razones de cambio más poderosas que las escritas. El político, por grandes que sean sus méritos y sus capacidades, no habita en un mundo cartesiano, lógico y previsible. El ámbito de su actividad es azaroso, caleidoscópico y lleno de matices: los que le dan el devenir caprichoso de los hechos, la no menos inestable simpatía o antipatía de las gentes, por no hablar de las intrigas cortesanas y de las maniobras de tantísimos poderes como tratan de injerirse en el curso de los acontecimientos políticos. Todavía está por escribir el tratado que defina con claridad en qué circunstancias de este orden —o desorden, si se quiere— debe el servidor público considerar su permanencia en el cargo. Pero el que no exista una norma universal para estos casos no significa que debamos despreciar su importancia y hasta su ocasional legitimidad como justificantes de cambio. La Historia proporciona incontables ejemplos de gobernantes que, acertada o errónea-



JOSE IBARROLA

mente, se vieron abocados a dejar sus puestos a causa de escándalos privados ajenos a su función pública, por presiones insostenibles de las masas, por equívocos desdichados en la atribución de ciertas culpas o por simples reveses de la opinión.

¿Quiere esto decir que el político ha de resignarse a la indefensión, que debe mantener un estoicismo pasivo ante la fatalidad, por más que las leyes le amparen y su conciencia esté limpia? No precisamente. Pero sí que, a diferencia de otros menesteres, donde los derechos laborales son sagrados, el servidor público tiene que admitir en su función un plus de incertidumbre: el que deriva del estado de la sociedad a la que sirve; y otro aún mayor: el de la conducta de sus inmediatos subordinados. Eso que hemos dado en llamar *responsabili-*

dades políticas es un elemento nada mensurable, pero del todo digno de consideración. Cuando el ambiente se enrarece, las sospechas crecen de forma alarmante y el dedo acusador señala al político, poco importa que éste sea un chivo expiatorio, una víctima propiciatoria o un verdadero culpable. Tiene que irse. Porque de su marcha dependen cosas tan importantes como la confianza institucional, el sosiego popular o la esperanza —volvamos a decirlo: fundada o infundada— de un cambio de rumbo más beneficioso. Pues, mientras que nadie es imprescindible, la sociedad no puede soportar por mucho tiempo los estados de sospecha ni las trifulcas cotidianas.

No se me escapa la pregunta que, ante esta tesis, estará formulando el lector. Si consentimos tales argumentos, ¿no abri-

mos la puerta del sistema a maniobras torcieras o complós defenestradores, a operaciones de acoso dispuestas por otros poderes ajenos a la soberanía popular? ¿No estamos dando licencia a la calumnia y al amotinamiento planificado? Tal vez. Pero este es un dilema irresoluble, que sólo lo pueden aliviar el sentido común y la percepción desapasionada de la realidad. Situémonos en el peor de los casos y supongamos que el político acosado es una víctima inocente e incomprensida. Bien, pues incluso entonces debe saber que su crédito personal carece de valor comparado con el estado de alarma social. Item más: ha de admitir que, por acción u omisión, por descuido o por soberbia, al menos se ha equivocado al no atajar, en su momento, los motivos de esa alarma. Cuando un político promete la lluvia —como acostumbran a hacer muchos de los nuestros—, no puede lamentarse después de que se le haga responsable de la sequía.

Pero quedan, por último, las leyes. Una de las cuentas pendientes que todavía no ha liquidado nuestra democracia es la rehabilitación de los acosados, inculpados o destronados injustamente. Es de suponer que, si el sistema legal en vigor y los tan sensibles como moralistas medios informativos ofrecieran garantías suficientes de rehabilitación al político en sospecha, serían bastantes menos los casos de numantismo y adherencia a la poltrona. Quien sabe que dispone de instrumentos para recobrar la dignidad y el buen nombre perdidos en los trances de retirada ofrecería menos resistencia al adiós que quien presume —y admitamos que con fundado motivo— que ya no le lava ni el agua del Jordán. La vida es injusta; la política lo es aún más; pero sería bueno que, entre todos, tratásemos de reducir el margen de injusticia. A buen seguro que entonces todo discurriría con más naturalidad y menos obstinación.

José María Romera es escritor.

Victoria póstuma

FEDERICO ABASCAL

Ha bastado un disparo para que la sociedad se pregunte a qué estaban jugando los políticos. El entierro de Gregorio Ordóñez alentaba ayer la meditación sobre cómo un hombre, todo un hombre, puede vencer al infortunio, sin regatear su propia muerte en el empeño. Resulta inevitable recordar ahora las palabras de Begoña Garmendia, portavoz de HB en el Ayuntamiento de San Sebastián, única voz *batasuna* que no ha encuadrado este asesinato en el marco de la *confrontación entre Euskal Herria y el Estado español*. Dijo Begoña de Ordóñez que «*como adversario político, debía ser combatido con armas políticas y en el marco de una confrontación política*». De la coalición abertzale se ha escindido una voz, abriendo un portillo a posibles disidencias ulteriores. Y es que se puede engañar y aterrorizar a todos durante un tiempo, pero a muy pocos durante mucho tiempo. Ordóñez podría parecer estar ganando su última batalla sin poder presenciar su victoria.

La razón ausente

SANTIAGO GONZALEZ



La primera sensación que uno tiene cuando recibe noticias como la de que Gregorio Ordóñez acababa de ser asesinado es de incredulidad acerca del hecho en sí, como si no pudiera ser que alguien usara una pistola contra un hombre cuyas herramientas de trabajo político eran su razón y su palabra. Hay unos novecientos precedentes, pero quizá es que somos cortos de memoria, porque aún no hemos podido evitar esa sensación de incredulidad acerca de un hecho tan reiterado, tan ritual como el asesinato etarra. Quizá sólo se trate de que la muerte a mano airada repugna tanto a la razón que ésta se defiende negando en primera instancia la evidencia.

Tras un hecho como el asesinato de Ordóñez, también hay quien tiene una incredulidad más secundaria y empieza a hacer cábalas sobre la posible autoría del mismo. El 2 de agosto de 1968, ETA asesinó al comisario Melitón Manzanos. En aquellas fechas circuló con especial insistencia la teoría de que su asesino había sido en realidad la venganza calderoniana de un miembro de las Fuerzas del Orden Público, un lance de honor.

Hoy, veintiséis años y novecientos asesinatos después, todavía hay quien, aceptada la primera realidad del asesinato, se plantea alguna duda respecto a la autoría, alberga en realidad una íntima esperanza de que no haya sido ETA, como si la organización terrorista no hubiera recorrido ya

hace años toda la escala de la degradación moral, como si no llevara mucho tiempo dando vueltas en torno a una misma noria en el noveno círculo del infierno de Dante. Han matado a niños, ancianos, mujeres embarazadas, guardias autóctonos y otros que se llevan a enterrar a Villanueva de la Serena, provincia de Badajoz, y más allá, periodistas, empresarios y sindicalistas, concejales, senadores, un presidente de

Gobierno, quiosqueros, fotógrafos, militares con y sin graduación, en activo y en la reserva, y así hasta novecientos.

Pues bien, cada vez que ETA hace lo único que sabe, hay un analista que insiste en buscar indicios de alguna racionalidad en la última barbarie, se dedica a explicar que estamos ante un salto cualitativo de la estrategia terrorista, se pregunta a quién beneficia el asesinato o tira de un manual de maquiavelismo para gente infradotada y dice que se trata de un error político, algo peor que un crimen.

Es inútil atribuir sentido y racionalidad política al acto supremo de negación de la racionalidad y la política. Un tiro en la nuca lleva menos tiempo que hilvanar un argumento, que exponer una idea. Si han asesinado a Ordóñez, es para que no cunda en la sociedad vasca un coraje, para que todos los demás calleemos. El terrorismo aspira a mantener bajo secuestro la voluntad popular y han asesinado a un valeroso representante de la misma para extender entre nosotros el síndrome de Estocolmo: todos tenemos que escarmentar en cabeza ajena y saber que nuestro derecho a seguir vivos no nos pertenece. Matan porque el mayor esfuerzo intelectual de que son capaces es apuntarnos con una pistola a la cabeza y apretar el gatillo. Matan porque son ellos quienes no están seguros de estar vivos y el único rastro de actividad vital que aún pueden ofrecer es, paradójicamente, administrar la muerte.